

MARTHA MARÍA
HERRERA

EL
CEMENTERIO
DE LOS
SUEÑOS

Platero
COOLBOOKS 

Título: El cementerio de los sueños rotos. Aprendiendo de los que ya no están

Primera edición: marzo, 2026

© 2026, del texto Martha María Herrera Ocejo.

© 2026, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de cubierta: Platero Coolbooks.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

Depósito legal: SE 857-2026

ISBN: 979-13-87720-87-2

A ti, con la esperanza de que un día vuelvas a amar la vida



*Demórate aquí, no partas ahora, que el amor es simple.
La tristeza es solo la muerte lenta de las simples cosas. Y uno
vuelve siempre a los mismos sitios, para amar la vida.*

*—Canción de las simples cosas,
Armando Tejeda Gómez*



ÍNDICE

Capítulo 1 Ocaso	11
Capítulo 2 Éxtasis	17
Capítulo 3 Hostilidades	23
Capítulo 4 Vida	35
Capítulo 5 Humo	45
Capítulo 6 Esperanza	61
Capítulo 7 Fe	71
Capítulo 8 Azar	95
Capítulo 9 Escape	107
Capítulo 10 Distorsión.....	115
Capítulo 11 Mensaje.....	125
Capítulo 12 Peligro.....	135
Capítulo 13 Fuego	149
Capítulo 14 Aurora.....	159
Capítulo 15 Reencuentro.....	165



CAPÍTULO 1

OCASO

Aurora había decidido suicidarse esa noche.

No soportaba más la profunda depresión en la que había varios años estaba sumida, y acabar con su vida era la única salida posible tras experimentarlo *todo*. Y *todo* incluía terapias psicológicas, regresiones, varios ciclos de antidepresivos, libros de autoayuda, gurús, yoga, sermones católicos, cultos evangélicos y mucho más. Ella seguía sintiéndose vacía y sola, totalmente sola. El mundo le parecía insoportable y suponía que nada tenía que ver con él.

Pensaba que el mar, cálido y sereno, que bañaba la costa de su pueblo la acogería impasible. Hacia él escapaba esa noche, con la férrea determinación de abandonar el panorama desafiante y desesperanzador que percibía, y que no era capaz de soportar por más tiempo. La asfixiaba el entorno vertiginoso, frívolo, miserable e inmoral que la rodeaba. A menudo, tenía la impresión de vivir bajo una especie de caleidoscopio mental a través del cual se sentía vigilada, era controlada y escudriñaban cada uno de sus pasos. En ocasiones, presentía que alguien se metía en su mente y desde allí comenzaba a acecharla. Tal percepción hubo de comentarla en una ocasión con su psiquiatra, pero este no había tardado en asegurarle que posiblemente estuviera sufriendo de paranoia, en el curso de la severa depresión que la

afectaba: «¡Es parte del proceso y pasará!». Sin embargo, ella se había rendido, convencida que sería inútil resistirse a lo que se le antojaba irremediable porque no existía la posibilidad real de un cambio de rumbo para su insípida existencia. «No existe posibilidad alguna!», se repetía segura: «y, ¿quién se atreve a discutir con un psiquiatra si se supone que solo la ciencia tiene las respuestas?». Así terminó abandonando las terapias y se refugió en sí misma, aislada, triste y sola... «¡Estoy atrapada y solo la muerte puede liberarme!», pensaba. No deseaba ni tenía fuerza suficiente para entender la enmarañada tragedia humana que la rodeaba. Mucho menos desenredar los hilos que la manipulaban como vulgar marioneta.

Maestra de profesión, la sensibilidad de Aurora había llegado al límite ante semejante caos mental y, sumida en pensamientos deprimentes, no lograba enfocarse en escapar de otra forma de la oscuridad de su profundo pozo existencial. Estaba convencida de que el suicidio era la única alternativa. «Mi familia y mis amigos lo entenderán», se consolaba. «Con el tiempo se acostumbrarán a mi ausencia, porque nadie es imprescindible. A veces, ni siquiera necesario para otros», concluía, atrapada en sus oscuros pensamientos.

Esa noche, Aurora abandonó el hogar con sigilo, para no despertar a su esposo, y echó a andar despacio en la densa oscuridad de la madrugada bajo una luna en menguante. La frágil mujercita de cabello entrecano y piernas delgadas caminaba sin rumbo, desorientada, sobre las ruinas del viejo parque. La antigua ciudad se mostraba devastada por el tiempo y la pobreza. Inundada de casas despintadas, callejones ruinosos y viviendas mal alineadas; cuyos techos semiderruidos amenazaban con caer sobre los despojos humanos, de los que dormían la resaca de alguna borrachera liberadora. En tal paisaje, cortado por oscuros callejones se movía la mujer sin identificar su ruta, solo su meta.

Un largo banco de granito, bajo una ceiba espectral,

destacaba en medio de la oscuridad. Sobre él, descansaba un anciano de mirada perdida que, al percatarse del peregrinar solitario de la mujer, la saludó con un quejumbroso: «Buenas noches», advirtiendo los pasos inseguros de Aurora, que aplastaban hojas secas de un otoño recién salido del calendario. A su lado un perro Beagle, amarillo oscuro de orejas caídas, alzó la cabeza y olfateó el aire, saludándola también con un peculiar ladrido.

La maestra, sin responder, continuó su camino, absorta en confusas cavilaciones, hacia el lugar que la llamaba insistentemente y podía escuchar a pesar de la bruma mental que la cegaba. Era el lejano murmullo de olas que chocaban con las rocas ennegrecidas por el musgo y algunos trozos de aceras anclados en su orilla. Eran los restos de la otrora hermosa playa, hoy en ruinas, abandonada y sucia; que intentaban retar al mar para permanecer allí. Pues ese mar les pertenecía y necesitaban a toda costa, formar parte del paisaje que acogería vehemente a muchos inciertos destinos.

La mujer sentía que flotaba como suspendida en una nube baja e inmensamente terrenal. Había perdido la noción de su escaso peso y más que andar, le balanceaba una sutil sensación de ingravidez mientras recorría el trayecto hacia su fatal propósito. Solo recordaba que, antes de llegar, rodearía un lugar conocido y muchas veces visitado del que ya percibía el efluvio de su penetrante olor a flores mustias: el cementerio local.

Sin precisar el instante, sintió que una ráfaga de polvo la cegaba y un viento fuerte la empujaba enérgico contra la elevada pared de rocas desgastadas del antiquísimo muro. Pronto se encontró sentada sobre el suelo arcilloso y húmedo de aquel sitio, percibiendo intensamente el penetrante olor a flores mustias. Los ojos de Aurora miraron al cielo para mascullar una oración. Eran ojos pequeños y tristes, que emergían con dificultad detrás de sus párpados hinchados por el llanto. Recorrió con la mirada todas las

direcciones tratando de encontrar a algún ser viviente que le ayudara a entrar al cementerio, pero no había nadie, solo el silencio de los sepulcros la rodeaba. Sintió miedo, mucho miedo, e instintivamente trató de volver sobre sus pasos, pero no podía. Una fuerza misteriosa le ataba a aquel paraje y le impedía regresar... ¿Era su firme propósito de suicidio, el murmullo lejano del mar o ese olor intenso a flores mus-tias? No lo sabía, tal vez nunca lo sabría, solo tenía la certeza de que debía continuar y vencer el temor que trataba de sabotear su firme decisión de acabar con todo de una vez.

Aurora, poco a poco, comenzó a serenarse recordando a su familia, a sus alumnos y a aquel gato barcino que la miraba con indiferencia. Nada parecía atractivo en su vida vacía y sin incentivos. Inhaló profundo el aroma que evocaba miles de recuerdos tristes y sintió envidia de todos los muertos; hombres y mujeres que atrapados en sus particulares sueños rotos, al fin descansarían allí. Sin embargo, no sería ese el lugar de su destino porque con suerte ella lo haría en la profundidad del mar, sin más compañía que el silencio de los peces. Por última vez, Aurora se compadeció por sus propios sueños desvanecidos en intentos fallidos y frustraciones culposas. Cerró los ojos y se dejó seducir por el misterio de aquel paraje solitario pero que hoy le resultaba enormemente tranquilizador.

Con lentitud, deslizó la espalda apoyada a la pared del muro y permaneció durante un tiempo indefinido inmóvil, totalmente ausente, sin pensamientos ni emociones, como si hubiese aprendido el arte de meditar profundamente. La inundaba una inmensa sensación de paz, paz que la acariciaba, a pesar de las incómodas circunstancias, y la sumergía en un estado de estrecha conexión con la naturaleza, con el universo y la misteriosa energía que la rodeaba. Percibió la tenue sensación de que realmente no estaba sola y tal vez nunca lo había estado. Todo lo aparentemente real o imaginario, lo transitorio y lo perenne se fundieron en un instante

de entrega y silencio, envolviéndola en un placentero estado de quietud interior y profunda. Aurora descubrió que existía dentro de ella cierto poder y no solo un incierto vacío. Era una especie de consciencia suprema que le consolaba y le permitía de alguna manera, sincronizar con la respiración del todo en su infinita vacuidad.

Transcurrieron varios minutos que pudieron ser horas. La mujer entreabrió los ojos y miró al cielo suplicando ayuda para morir allí mismo, sin abandonar tal sensación, pero no podía. Como es evidente, ese no era el momento ni el lugar de su destino. Suspiró profundo, se secó con ambas manos el rostro y, poco a poco, intentó incorporarse.

Gruesas gotas de lluvia, pesadas e impertinentes, comenzaron a caer sobre Aurora. Con rapidez la llovizna se transformó en un copioso aguacero que la hizo regresar a la realidad, asumir la debilidad de su cuerpo físico y tomar conciencia de que estaba viva. Volvía a ser la mujer deprimida y temerosa, ahora empapada y presa de un frío calador que hacía temblar sus carnes flácidas. Era de nuevo la mujer que solo deseaba morir.

Aurora, despidiéndose de aquel letargo surrealista, caminó despacio bordeando el muro hacia la entrada principal del cementerio. El sitio era antiquísimo, estaba repleto de monumentos y cruces espectrales que sobresalían de la muralla que lo protegía. La luz de los relámpagos, uno tras otro, parecían ordenarse regularmente para mostrar la imponente arquitectura funeraria. Ante ella, se alzaba el amplio pórtico de estilo bizantino coronado por un extraordinario templo escultórico. Grandes figuras, laboriosamente esculpidas en mármol de Carrara representaban a las tres santísimas virtudes: Fe, Esperanza y Caridad.

La mujer deslizó sus dedos temblorosos sobre el arco de la puerta hasta chocar con la gigante reja que cedió con el típico chirriar de viejos engranajes de hierro. Buscaba desesperada un techo donde cobijarse y caminó deprisa por lo

que parecía ser una de las avenidas principales del camposanto. Serpenteaba entre las calles salpicadas por estelas funerarias, panteones, nichos y mausoleos. Alguna sepultura abierta, presumiblemente vacía a la luz de los relámpagos, la invitaba a cobijarse pero era incapaz de hacerlo por temor. No tuvo más opción que correr, empleando su escasa energía para sortear miles de cruces y lápidas que parecían no acabarse nunca. El aguacero arreciaba y el frío aumentaba. Un solo pensamiento fijo y repetitivo, como voz de viejo gramófono, golpeaba en su mente: «¡Quiero morir... quiero morir!». «Pero has decidido no hacerlo aquí», le recordaba sarcástica su propia voz interior. Entretanto, las olas del mar enfurecido golpeaban ruidosas la costa de la playa con multiplicada fuerza ciclónica.

El grotesco escenario aumentaba la desesperación de Aurora, mientras corría entre cientos de tumbas grises, derribando impunemente jarrones repletos de flores marchitas y tarjas de piedra roturadas. Desde las vitrinas acristaladas y los marcos ovalados, algunos rostros anteriormente encarnados, parecían observarla con curiosidad bajo la luz de los relámpagos. Pero ella tardaba en hallar un sitio seguro que la invitara a guarecerse de la tormenta cada vez más imponente y agresiva.

De repente, el cielo se aclaró a la luz de un nuevo resplandor y la mujer descubrió que delante de sus ojos se alzaba un sepulcro blanco, coronado por sendos angelitos esculpidos con polvos de mármol rosa. El sitio se le antojó conocido e inmensamente hospitalario. Al instante, toda sombra de ansiedad y temor desaparecieron de su mente. Se detuvo aliviada frente al monumento para percibir su increíble hermosura, mientras una inmensa alegría embargaba poco a poco su corazón palpitante.

CAPÍTULO 2

ÉXTASIS

Seis columnas simétricas, trenzadas a la perfección, sostenían el techo de dos aguas del singular sepulcro. El centro de este estaba coronado por una cúpula de cristal sobre la que habían tallado escrupulosamente finísimas rosas. La luz de los relámpagos, al atravesar el vidrio, iluminaba a dos pequeñas sepulturas idénticas, reflejando sobre ellas un precioso ramo de suaves transparencias. Tan increíble muestra de arte funerario daba cobijo a dos esculturas infantiles que parecían estar vivas y observar a Aurora con curiosidad, invitándola a pasar.

Las estatuas vibraban inquietas ante la presencia de la maestra, como si desearan escapar juguetonas de su base de piedra y correr a abrazarla. Era la magia del amor que encerraba y podía transmitir aquella perfecta creación humana. Del centro de la tumba, emergía una columna, simulando un pequeño mausoleo donde se hallaba una única inscripción en letras doradas que Aurora no pudo leer.

Entretanto, ella había dejado de sentir frío y sus ropas comenzaban a secarse sobre su cuerpo con la placentera caricia de una oleada de vapor cálido. Observó un momento las palmas de sus manos, intentando despertar de aquel sueño extraño y se sorprendió al notar que no estaban arrugadas ni su dedo meñique retorcido. Sus manos se habían vuelto

finas, mientras su cuerpo tomaba una apariencia traslúcida que le permitía flotar envuelta en un ligero lienzo blanco. Aurora cerró los ojos y se dejó llevar. A lo lejos, como un eco, escuchaba música y risas de niños que la hacían vibrar en una frecuencia de gozo desconocida. Sin saber cómo, ante ella se abrió de forma misteriosa un pasadizo circular compuesto de esferas blancas y, sin dudarlo, se adentró en él. Era un espléndido túnel de energía oscilante que parecía interminable. Las risas de los pequeños, mientras se deslizaba, eran cada vez más cercanas y la hacían sentir joven, feliz y empoderada. Habían desaparecido sus pensamientos torturadores, junto a los deseos de morir. Algo especial había en aquel lugar, y sintió que, si aquello que le estaba sucediendo era un sueño, era precisamente su mejor sueño roto, del que nunca quería despertar. Al llegar al final del túnel, una voz infantil la sacó del éxtasis.

—¡Mamá, mamá! Estamos aquí, ven a jugar con nosotros! ¡Ven a nuestra rueda! —insistió aquella vocecilla entusiasmada, con tal energía en el reclamo que Aurora no pudo resistirse.

Al mismo tiempo, su mano derecha era tomada con suavidad por una pequeña manita infantil que la sostuvo firme, como temiendo que se escapara. Ella no lo notó, pero en su rostro volvió a dibujarse la sonrisa pura de una infancia no dañada. Sostenía al pequeño de la mano, aquel chico que tan seguro y despreocupado la había llamado «mamá» para invitarla a su rueda y Aurora tuvo la certeza de que, si hubiese tenido un hijo, habría sido exactamente igual a ese niño. Sensación que sostuvo con fuerza, porque la envolvía la emoción de haberlo conocido siempre. Esa inigualable sensación que solo una madre puede experimentar.

Las vueltas y piruetas de los chicos la deleitaban. Se sentía plena y dichosa, como recordaba haber estado alguna vez. Entre tanta risa y diversión, la maestra notó la callada presencia de otra criatura, que también la tomó de la mano

para girar a su lado. Era una niña de rizos rubios, ojos marrones y piel bronceada. Su mirada era tan tierna como la del pequeño. Ambos la hicieron recordar la pícara sonrisa de su padre y los ojitos bondadosos de su madre. Sintió amor, un verdadero e intenso amor por aquellos pequeños, proyectando en ellos el anhelo guardado de haber concebido dos hijos fuertes y sanos. Hijos que misteriosamente ahora estaban junto a ella concediéndole la inigualable plenitud de ser madre. La maestra escuchó a ambos llamarla una y otra vez «mamá», con sus voces cándidas y alegres. Compartió sus juegos, sus risas, y prestó atención a palabras ingenuamente sabias llenas de sentido común que había olvidado hacía tiempo. Ajena de los años que le marcaba el calendario humano, gozaba como niña de la rueda infantil pura, feliz e infinita.

Deseó que la experiencia nunca acabara. Era dichosa, sin el más mínimo atisbo de pensamientos deprimentes, tristezas, preocupaciones, dudas existenciales y conflictos. Tampoco sentía culpas ni remordimientos. Era ella, en su espiritualidad, era lo que había sido y olvidado. Se hallaba en la profundidad sublime de la fuente, donde se es simplemente feliz. «Tal vez, me encuentro en el reino de Dios», pensó. Ese reino que tanto había reclamado y nunca había conseguido. «Venga a nosotros tu reino», recordó haber rezado muchas veces, para seguidamente preguntarse: «Si el reino de Dios es tan sencillo, ¿por qué no viene a nosotros? ¿O será que nunca hemos aprendido a construirlo? ¿Por qué?», pero un corazón humano latía fuerte dentro del pecho de Aurora a cada giro y cada salto, mientras sus pies se apoyaban, sin dolor, sobre el mullido césped verde.

Un relámpago brilló a lo lejos y, de nuevo, comenzó la lluvia. Primero finas gotas, luego otras más gruesas que dibujaron charcos sobre la hierba. La rueda infantil se fragmentó y los niños corrieron alegres hacia un círculo de cielo clarísimo, con sol y sin nubes. Mientras tanto, los dos

pequeños la observaban inmóviles, asidos fuertes al lienzo de su regazo, como si intentaran retenerla.

Aurora acarició y besó de forma tierna sus cabellos húmedos y sintió que aquellos besos eran únicos, prometidos, de amor puro, eterno e incondicional. Los empujó con suavidad hacia la hilera de niños que aún corrían rezagados, intentando alcanzar el trozo de cielo. Contempló, por última vez, sus caritas empapadas y sonrientes, que, volviéndose hacia ella, le regalaron su adiós. Pero a ella aquel adiós, más que una despedida le pareció un «hasta pronto». Mientras los niños se alejaban sin dejar de sonreírle, los escuchó gritar a coro: «¡Aquí te esperamos, mamá, ven pronto a jugar con nosotros!». Y la esperanza de una vida feliz la estremeció gratamente.

De improviso, una nube blanca la envolvió y el viento que la acompañaba la empujó en sentido inverso. Las deliciosas imágenes de los niños desaparecieron y la mujer, suspendida dentro de un cono de aire fresco, tuvo la certeza de su inminente regreso. El dolor de los pies se lo confirmó junto a la sensación de recobrar su cuerpo maltratado y su vida vacía. Una vida innecesaria que, ahora más que nunca, deseaba llegara a su fin. No había procreado y la infertilidad la había golpeado fuerte durante los últimos años. En sus frecuentes sueños vívidos, Aurora había experimentado otras vidas donde se reconocía. Vidas que pudieron ser mejores o peores, apacibles o turbulentas y que, tal vez, intentaban mostrarle algo, pero ella no lo sabía descifrar. Siempre se había sentido presa, sometida, atrapada en sus propios pensamientos limitantes y reconocerlo la hacían sentir desconcertada e infeliz.

De manera inconsciente, el cerebro entrenado y humano de la maestra rechazó los anteriores pensamientos, temiendo que comenzaran a martirizarla con el rugir de teorías metafísicas o locuras de vejestorios pseudocientíficos. A partir de ese momento, la voz de mitote —a decir de los

sabios toltecas—, se apoderó de su mente cuestionadora e incrédula, invadiendo de nuevo sus emociones y sus cinco sentidos terrenales. Obstinada, como había sido siempre, se preguntaba por qué debía vivir en una dimensión de espacio y tiempo limitada, de la que estaba harta y quería escapar de una vez. Intentó encontrar a los culpables, pero esta vez el victimismo no le funcionó. La respuesta no tardó en aparecer un tanto esclarecedora, dentro de su cerebro.

Era posible que se hubiera obligado ella misma, sosteniendo sin hacer nada la pesada carga de dudas, miedos heredados o adquiridos y deudas emocionales impagadas. También alimentando sus vicios, sus complejos y toda la miseria humana de incertidumbres que durante años la alejaron de decisiones que debía haber tomado con valentía. Aurora se reconocía poseedora de una lógica inteligente, pero había sido cobarde. No había prestado atención a la voz interior que a veces le sorprendía. Era la voz del corazón amoroso que poseía y que algunos llamaban intuición. Voz que era acallada, una y otra vez, por su cerebro amaestrado, dominante y cumplidor de normas sociales preestablecidas. Cerebro prejuiciado que solo generaba límites para culparla, detenerla y esclavizarla en la que consideraba una miserable existencia.

Sin embargo, esta vez no sintió el cruel mordisco del arrepentimiento, porque allí estaba el mensaje y lo aprendería para la eternidad. Algún día, tal vez en una vida futura, perdonaría sus muchos errores y sería ella misma el arquitecto de su propio destino. Su actual vida, a la que deseaba poner fin no era suficiente porque había demasiadas cosas que desaprender. Por otra parte, no existía ninguna evidencia científica de que tuviera otra oportunidad de volver a la tierra, tampoco le apetecía hacerlo. Al final, la maestra llegó a la conclusión de que con los niños solo había experimentado otro sueño vívido, tan hermoso como irreal. Un sueño que se desvaneció sin más, como tantos sueños de otras

personas, y del que ya tenía la obligación despertar.

Inmersa en sus reflexiones, apenas se percató de que el césped verde había desaparecido bajo sus pies y se hallaba flotando de regreso a través del largo túnel de esferas translúcidas. Llegaba al conocido lugar, bajo el techo de dos aguas con sus seis columnas trenzadas. La mujer observó el cielo y la tormenta era tremendamente amenazadora.

Sobre el hermoso sepulcro que guardaba los restos infantiles, encontró sus vestidos raídos, los tomó presurosa y los acomodó como pudo sobre su cuerpo desnudo que comenzaba una vez más a temblar de frío. Sintió vergüenza de su piel envejecida, de sus carnes flácidas, de sus arrugas y de su casi completa desnudez. Estaba cansada, dolorida y víctima de aquella espantosa humedad. Anduvo absorta en sus humanos y contradictorios pensamientos, mientras avanzaba entre las interminables hileras de tumbas del cementerio desierto. Escuchaba otra vez el ruido de las olas del mar que la invitaban a sumergirse en él y aquel penetrante olor a flores mustias. Aurora perseguía su destino, intuyendo que tal vez pronto llegaría al lugar solitario que la esperaba y en el que descansaría para siempre. Sin sueños, sin temores, sin límites y, en fin: sin vida.

Aún quedaban varias horas antes del amanecer, pero a ella le faltaba capacidad para continuar. Desde que había abierto la pesada puerta de hierro del cementerio, se había escapado una jornada entera del calendario y concluía la medianoche del primer día de la primera semana, del primer mes de aquel año bisiesto.

CAPÍTULO 3

HOSTILIDADES

Amanecía y Aurora no había dormido lo suficiente. Atraída por el aroma de rosas recién cortadas, se incorporó despacio, y volvió a andar entre las viejas tumbas del cementerio. Apenas había rebasado 200 metros cuando notó que aún las fuerzas no la acompañaban. Había bebido muy poco y no había comido nada desde el día anterior.

—¿El cementerio es enorme o he caminado en círculos sin percatarme? —se preguntó angustiada.

Para tomar energía, bebió el agua fresca de una fuente cercana y se sentó al lado de una sepultura sencilla recién estrenada. No tardó en hallar sobre ella la lápida de mármol con un mensaje grabado en disparejos trazos negros que esta vez Aurora sí pudo leer:

A nuestro hijo Tomás. 1965 -1988. Estarás siempre entre nosotros.

Recuerdo de tus padres y hermanos.

La bombilla de luz incandescente iluminaba la vitrina acristalada de la sepultura. En su interior, se hallaba la fotografía de un joven militar, ataviado en su uniforme, que posaba en actitud firme. Estaba de pie apoyando orgulloso la culata del fusil sobre la bota del pie derecho. Detrás

del muchacho, se distinguía un impresionante helicóptero de combate. La mujer se acercó curiosa al retrato para observarlo con detenimiento y la imagen le resultó tremendamente familiar.

—¡Claro! A ese chico lo he visto crecer en el barrio. ¡Es el hijo de la vecina María que, según comentaban, había sido enviado a la guerra!, ¡no sabía que había muerto! —exclamó Aurora rompiendo su propio silencio para expresar profunda pena.

La maestra recordó que era un joven servicial. Reconocía esa sonrisa amplia y la actitud desenfadada que llenaba de alegría sus pocos años de vida prometiéndole un maravilloso futuro. Recordó además, los flecos de cabello negro que le caían sobre la frente. Los mismos cabellos que, al haber sido cortados, ya no podían sobresalir debajo de la gorra militar. Su gesto parecía seguro y hasta orgulloso de portar aquella arma mortífera con la que, tal vez, imaginó salvar el mundo o, al menos, a una pequeña parte de él. Al pensarlo, una sombra de tristeza se dibujó en el rostro de Aurora.

Hacía unos minutos que había menguado la lluvia y la mujer comenzó a disfrutar de la brisa fresca que, como caricia, llegaba desde el hogar de las olas. La brisa era la primicia que la conduciría en la dirección correcta y se dejaría llevar. Tal vez antes de llegar al mar, hallaría a algún espíritu atrapado como ella en sus hermosos sueños rotos. No lo deseaba, pero era una posibilidad. De pronto, Aurora volvió a sentirse ligera y sus pies desnudos se despegaron del suelo resbaladizo del cementerio. Esta vez, se deslizó entre dos hileras de altos cipreses alineados a la perfección, para luego elevarse, atravesando cúmulos de nubes grises dispuestas a descargar más lluvia sobre la tierra.

Mientras ascendía, desde los espacios de claridad que permitían las nubes, podía distinguir inmensas montañas y ríos que serpenteaban las bases de sus laderas. Extensas parcelas de tierra roturadas se deslizaban bajo sus pies. El

hermoso paisaje estaba coronado por el inmenso mar que la esperaba, parecía un manto azul bañando la costa y acariciando sus irregulares contornos. Aurora descubría preciosas calas vírgenes de arenas blancas, farallones y acantilados. Desde tal altura, la belleza de la tierra era un lienzo irreproducible de contrastes magníficos. La naturaleza en todo su esplendor transitaba suave bajo sus ojos. Sin embargo, la majestuosidad de la creación en algunos puntos se veía interrumpida por la pequeñez de conglomerados de obras humanas. Desde bosques talados, carreteras que parecían perderse en el infinito, construcciones de variada arquitectura, chimeneas humeantes, complejos industriales y diversas obras inconclusas.

«¡La madre tierra está viva!», pensó. «¿Seremos los humanos capaces de destruir tanta hermosura?».

A Aurora no se le daban muy bien las alturas y su signo zodiacal lo había presagiado con exactitud. Era un signo de tierra, fuerte, fiel a la vez que sensible y tozudo. Como buen tauro, le causaban profunda inquietud las naves aéreas, las torres, los precipicios, los puentes y los globos aerostáticos. Para ella, los vuelos transcontinentales representaban una pesadilla por su extensión en el tiempo. Sin embargo, en esta ocasión salvo un ligero vértigo, sus miedos habían desaparecido por completo, y volar le resultaba incluso atractivo. Estaba disfrutando tanto como lo hacía durante sus excéntricos sueños; en los que le crecían alas y podía ascender, planear y trasladarse en distintas direcciones. Así era dueña de su ruta y se permitía visitar parajes desconocidos, que a veces lograba identificar en sus frecuentes *déjà vu*. Pero, ¿cuál sería su sorpresa al darse cuenta de que esta vez no tenía alas y estaba sentada en la cabina de una nave aérea?

El rugido monótono de los motores y el olor peculiar que emanaba de los proveedores del aire acondicionado se lo confirmaron. Aurora ocupaba el sillón del copiloto y, a su lado, el muchacho de la fotografía conducía la nave. El chico

le sonrió amable antes de preguntarle:

—¿Se encuentra usted bien vecina o aún tiene miedo a las alturas?

—¡Para nada! —respondió Aurora sin titubear ante aquel ataque inesperado a su ego más primitivo.

Se mofó de sus miedos y de su tonta inconsciencia, pero debió sonar muy falsa aquella aseveración porque él, mirándola sonriente, continuó:

—De todos modos, vecina, usted no tiene de que preocuparse. No puede ocurrir nada malo aquí. Esta nave es la más segura del mundo, sobre todo porque está muy por encima de él, y rio jocoso, con el desenfado propio de su juventud.

Diciendo esto, el chico fijó una supuesta ruta, encendió el piloto automático e hizo girar la silla para quedar frente a Aurora. La mujer, que no había dejado de observarlo asombrada, notó que en el rostro del joven espíritu comenzaba a dibujarse un profundo rictus de amargura.

—Deseo enviar un mensaje a mi madre —aseguró sin preámbulos—. ¿Podrá usted ayudarme? —pidió Tomás, tras breve pausa.

—¡No lo sé! —respondió la mujer desconcertada—. Ni siquiera sé por qué estoy aquí hablando contigo, aunque estoy dispuesta a seguir escuchándote.

—Ya sabes quién soy o, más bien, quién era —aclaró—. Lo supe cuando me reconociste en la fotografía. Soñaba con ser piloto y mi madre estaba orgullosa. Sabía que podía lograrlo y con ayuda de mi familia estudié con ahínco para conseguirlo.

—¿Qué sucedió para que hayas muerto tan joven? ¿Aca-so un accidente aéreo o una enfermedad grave? —preguntó Aurora interesada.

—No precisamente —respondió. Comenzó a contar a la maestra su conmovedora historia—. Mi padre fue un hombre honrado, de esos que abrazan una causa, la defienden a

ultranza y siguen de manera incondicional a un líder. Sin demasiadas reflexiones filosóficas, aseguraba que sus ideas y la de su mentor eran las únicas ideas justas, capaces de salvar la humanidad del hambre y la miseria. Mi padre no era piloto, pero soñaba con serlo y, desde muy pequeño, me educó para que en mí se cumplieran sus sueños, hasta que al final me hice piloto de combate. En cambio, mi deseo era pilotar naves comerciales —confesó, mientras sus ojos se iluminaban con tal brillantez, que Aurora sintió por un instante que estaba conversando con un ser humano vivo en la flor de la juventud—. Quería transportar a gente común de todas las nacionalidades y credos, en un mundo sin demasiadas fronteras y sin diferencias, donde el dinero fuera solo un medio y nunca un fin. Recuerdo que de niño mi mente recreaba escenas en las que mis pasajeros podían comunicarse libremente porque hablaban un idioma común. Dibujaba aviones repletos de chinos aterrizando en América y pensaba en los hijos que tendrían al mezclarse. Al lado del avión, dibujaba personajes de ojos muy rasgados con el pelo amarillo. Era una sana diversión infantil, pero la niñez pasa deprisa y la fantasía también. De joven pensaba que llevaría a cualquiera donde ellos quisieran sobre todo a mi gente. A ellos los llevaría a visitar todos los países del mundo para que los contagiaran con su alegría. Sería bonito mezclar las nacionalidades, las lenguas, las razas y los credos, convirtiendo la tierra en un lugar tolerante donde quepamos todos y lo compartamos todo. ¿Verdad vecina? Pero la humanidad no está preparada, le falta muchísimo tiempo para estar dispuesta a «perder el mundo por ganar el alma» —concluyó el espíritu, mientras desaparecía el brillo en su mirada.

—¿Por qué te hiciste piloto de combate y no de naves comerciales? —preguntó la maestra, cada vez más interesada en la historia que estaba escuchando.

—Mis padres me enviaron a estudiar en una escuela militar. No los culpo, porque no eran conscientes del peligro

que representa el vivir en un país dictatorial, muy politizado, que exporta guerras y se inmiscuye descaradamente en conflictos internacionales. Todo ello para alimentar el egocentrismo insaciable de su gobernante. Así fue, vecina, como una vez graduado de piloto de combate, y tras fuertes entrenamientos, me enviaron a la guerra.

Y el espectro se estremeció al pronunciar sus últimas palabras.

—¿Dónde fuiste enviado? —interrogó Aurora.

—Eso no importa, vecina. Solo le diré que a una guerra lejana y ajena, en la que mis compañeros y yo no teníamos la más mínima idea de la razón por la cual combatíamos. En ese país perdí la vida al ser alcanzado por un proyectil enemigo, pero lo tuve bien merecido. Había sido uno de los protagonistas, y a la vez víctima, de la locura humana más grande del mundo: las guerras. Como un ingenuo, pensaba que con un fusil, un helicóptero de combate, proyectiles y un poco de valor, podía contribuir a mejorar el mundo, pero no es verdad y ahora lo sé.

—¿Cómo has llegado a tal conclusión? —Quiso saber la maestra demostrando su habitual interés por las perspectivas de sus alumnos.

—Mis certezas llegaron al ver como mis compañeros uno tras otro era aniquilados. Veía sus cuerpos inertes destrozados por la metralla enemiga o por las minas. También los vi morir a causa de enfermedades, de hambre o de sed. Algunos de mis amigos acabaron con sus vidas atormentadas de forma voluntaria. Vi morir a niños bajo nuestras balas y a madres desesperadas escarbando en los escombros mientras intentaban desenterrar el cadáver de sus hijos. Fui testigo de tanta violencia y destrucción por parte de uno u otro bando que perdí la razón y el verdadero sentido de la vida.

—¿Y temías por tu propia vida? —Quiso saber Aurora profundamente impresionada por lo que estaba escuchando.

—¡Claro que temía por mi vida! —exclamó el espíritu de Tomás—. Pero había llegado a un punto donde todo temor desaparece y solo sientes la necesidad de vengar a los compañeros caídos. Ciego de rabia y dolor, me convertí en un monstruo. Mi helicóptero sobrevolaba temerario, rugiendo agresivo sobre los campamentos y posiciones enemigas, desgranando cohetes con furia febril. Intentaba acabar con la violencia, pero producía más. No quería darme cuenta de que mi ira también caía sobre gente inocente que no habían causado daño alguno. No sabía si mataba a mujeres, niños o ancianos; pero en fin, ya nada importaba. Solo quería destruirlos para alimentar mi ego herido y así lo hice mientras pude. Hasta que llegó el fatídico día que subí a mi helicóptero para no regresar.

Aurora estaba consternada. Había sido un chico joven, lleno de vida, y no podía creer que hubiese experimentado tanto odio en su corazón. Lo compadecía y no renunciaría a seguirlo escuchando. Tal vez, escucharlo le daría un poco de consuelo a su alma, visiblemente arrepentida.

—Así fue como una tarde —continuó él—, para descargar mi ira, descendí en picado en una maniobra demasiado peligrosa, y mi helicóptero fue alcanzado por proyectiles enemigos que me hicieron estallar en pleno vuelo. Alguien se sintió con el derecho de romper mis sueños como yo había hecho con el sueño de centenares de desconocidos y la muerte llegó para mí como enorme descanso. Ahora comprendo que, más que valentía, solo tenía la temeridad de la juventud y el adoctrinamiento de un mundo equivocado. También había heredado la servidumbre hacia a un falso líder, un sujeto despiadado, egocéntrico y cruel, como otros que gobiernan el mundo de hoy. Personajes que se creen autorizados a impartir justicia como si fueran dioses, abusando del poder que los ingenuos pueblos les otorgan. Así funciona el mundo y por eso: ¡tenemos que salvarlo! —exclamó emocionado.

Llegando al final del relato, el espíritu de Tomás hizo silencio y Aurora creyó notar que algunas gotas de sudor humedecían los rizos del cabello que de nuevo le caían sobre la frente. La imagen pareció atenuarse como si se desvaneciera en un punto impreciso de espacio-tiempo, pero para sorpresa de la mujer no desapareció del todo, y continuó hablando con voz quebrada de ultratumba.

—Poco después, mi padre moría envuelto en una pena culposa, que en sus últimos instantes traté de aliviar. Su partida y mi muerte temprana destruyeron a mi familia. Mis hermanos huyeron hacia otras latitudes y solo mi madre, María, trae a diario flores blancas y las coloca junto a mi foto sobre esa tumba vacía. Ella cree que conserva mis restos mortales, pero allí no hay nada. Nada hay porque nada de mi cuerpo pudo ser recuperado. Solo mi alma vaga en el éter, viendo con dolor que ella viene todos los días a llorar frente a mi retrato, mientras adorna con flores blancas mi supuesto sepulcro. Mi pobre viejo, en el lecho de muerte, se dio cuenta de que las miserias humanas conviven con los seres humanos sumidos en su eterna locura y estado de inconsciencia colectiva. Lo había envejecido la frustración y la depresión, por lo que murió decepcionado y frágil. Sin embargo, mi padre, antes de partir, descubrió la fe en el Dios verdadero que habitaba en su corazón y consiguió perdonarse. Estuve junto a él para acompañarle en los primeros pasos hacia la vida eterna y fui la luz que lo ayudó a despertar. Por suerte se entregó en paz.

—Menos mal que sucedió de esa manera —afirmó Aurora compasiva, con los ojos anegados por las lágrimas.

—Por eso le suplico, vecina —rogó el joven espíritu—, cuénteles a mi madre que ahora soy piloto de un avión comercial, que transporto almas sin razas ni idiomas ni filiaciones políticas ni religiosas. Almas que no tienen miedo ni ambiciones ni egos. Mis pasajeros son ángeles puros, transparentes, que no mienten, que no ambicionan poder y solo

portan amor. Mi madre no duerme si no toma somníferos, vecina, y esas píldoras le dañan la mente, la aturden y no permiten que yo pueda visitarla en sueños. Desearía que me reconociera sonriente y decirle que la amo. Que por fin mis anhelos se han cumplido y he recibido el perdón. ¡Cuénteles a mi madre, por favor! —rogó Tomás; antes de hacer girar la silla, desconectar el piloto automático, tomar los mandos de la nave y desaparecer.

Aurora, conmocionada, cerró los ojos y sintió que comenzaba a descender, a la vez que gruesas lágrimas humedecían sus mejillas. El sonido monótono de los motores fue sustituido por el rugir de truenos precedidos por la luminosidad de los relámpagos. Escuchaba de nuevo el golpear del oleaje en las rocas del litoral y sintió que regresaba envuelta en una espesa nube blanca. Por un tiempo indefinido, no tuvo conciencia de sí misma ni de su cuerpo físico hasta abrió los ojos y pudo ver que lo hacía deslizándose entre las conocidas hileras de cipreses. Al fin, sus pies tocaron el suelo, al lado de la inmensa pared de rocas superpuestas. Estaba exhausta, como si volviera de un largo viaje y, de inmediato, percibió el empalagoso olor a flores mustias, presagiándole que el cementerio sería, durante algún tiempo, su nueva morada.

—¡Qué tonta y engañada ha estado desde siempre la humanidad! —reflexionó Aurora al recuperar su estado pensante—. Las guerras, la venganza y la muerte solo generan más guerras y más muertes. Este mundo está perdido porque todos, desde nuestros enormes egos y nuestros profundos temores, pretendemos tener la razón. La violencia no cambia nada, todo lo contrario, se multiplica en mucha más violencia. Debíamos haberlo aprendido a través de la historia de todos los tiempos, pero hemos sido incapaces. Las ambiciones de los hombres no descansan y nos hacen necios, estúpidos e inconscientes.

Sin embargo, la maestra consideraba que aún quedan

batallas necesarias. Aquellas que permiten liberar a los pueblos de la esclavitud de los dictadores y oligarcas. Presuponía que la humanidad todavía no estaba preparada para vivir sin guerras:

—Habrà que elevar el nivel de consciencia, a tal punto que todos los hombres despierten de una vez. Las guerras han existido siempre y, por desgracia, las víctimas son los mismos: los jóvenes soldados y los inocentes. Pero nunca quienes los envían a combatir. En la guerra los soldados dan todo lo que pueden dar, porque no tienen opción: su juventud, su honor, hasta su propia vida. Y ellos se quedan con todo.

Aurora entreabrió los ojos tratando de rememorar las sabias palabras de la madre Teresa al afirmar: «No me inviten a una marcha en contra de la guerra; si es a favor de la paz, entonces iré».

Entretanto, había regresado a su cuerpo y no era más que una mortal cansada y dolorida. Había vuelto a ella la ilusión de temporalidad, de nuevo habitaba su mente y el sufrimiento humano; en fin, al «cuerpo dolor» magistralmente descrito por Eckhart Tolle en su *best seller*: *El poder del ahora*. Poder que solo en ocasiones muy puntuales, mientras tejía bufandas y se le escapaba algún punto, había podido acceder.

Sin embargo, en medio de sus pensamientos, se percató de que le sucedía algo inesperado. La maestra comenzaba a darse cuenta de que siempre había existido en ella la tendencia a victimizarse. Desde su ego y cuando las cosas no salían bien, tendía a culpar a otros. A su marido porque bebía alcohol, aunque no era precisamente un borracho, a su orfandad paterna insuperada, a su madre por no haber vuelto a casarse y hasta al destino por su infertilidad. Empezaba a darse cuenta de que nunca había tratado de protagonizar su vida de manera responsable y el cementerio donde habitaban tantas almas comenzaba a darle algunas lesiones de

vida sin que ella se las hubiese pedido.

Recostó la cabeza en la tumba vacía de Tomás y permaneció sentada en el suelo algunas horas, descansando las manos cruzadas sobre la falda raída. En tal estado, el cuerpo delgado de Aurora y su rostro demacrado parecían un cadáver más del cementerio. Solo pensaba en María, su vecina, y en cuanto debía estar sufriendo por la muerte de su hijo. La recordaba vagamente mientras compartían ascensor. Aquel rostro desencajado de expresión triste le provocaba cierta repulsión. Nunca se detuvo a reflexionar en que le sucedería a aquella mujer que apenas saludaba. Ahora que conocía la historia, estaba muy arrepentida y sintió la enorme necesidad de abrazarla. Le contaría que su hijo estaba bien, que había estado con él y le pedía que no sufriera por su ausencia. «¡Tal vez de algo servirá!», pensaba. «Si María me escucha puede que deje de tomar somníferos», Aurora conocía, por experiencia, que los antidepresivos solo proporcionan un alivio temporal. Se sintió comprometida consigo misma y juró no suicidarse antes de hablar con su vecina María.

A partir del encuentro con el espectro del joven Tomás, Aurora soñaba sin estar dormida, y no distinguía la realidad de lo irreal. En ocasiones, podía abandonarse dentro de su propio cuerpo y vaciar su mente de pensamientos perturbadores. Es decir, lograba silenciar su atronador gramófono y penetrar en un estado de paz infinita. Una especie de aceptación y rendición en el que no existían los juicios hacia sus circunstancias de vida y no juzgaba su propia vida. Cuando abandonaba tal éxtasis tenía la sensación de haber despertado reparada, mucho más vital, renovada y completa. Sus pensamientos surgían diáfanos y conciliadores. Descubría con claridad reflexiones profundas y llenas de sentido común. Apreciaba en ese instante, la hermosa vida que subyacía detrás de la aparente e irremediable situación de vida que la había impulsado a desear suicidarse. Aprovechaba tales instantes en que escapaba de sus miedos persistentes e